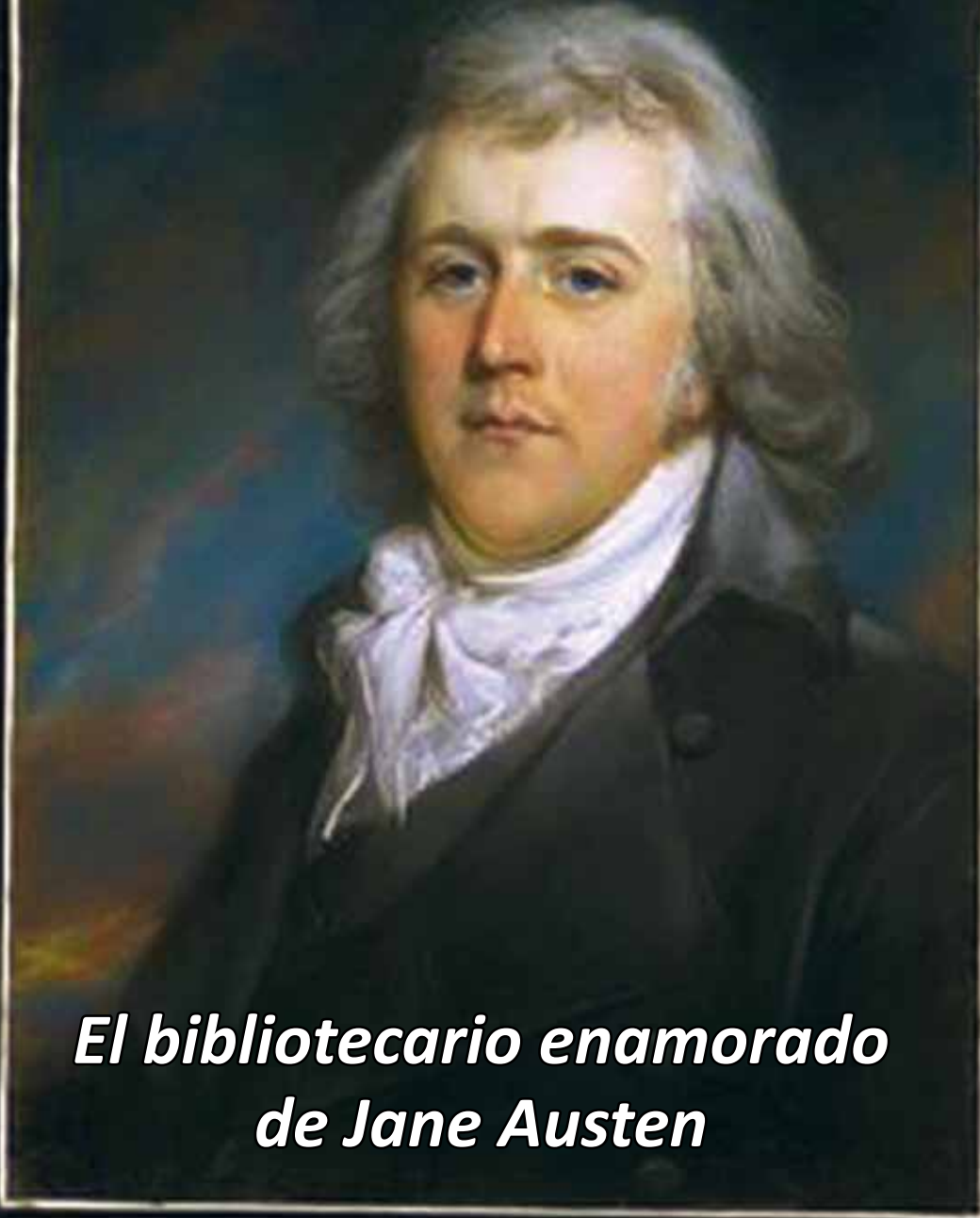


James Stanier Clarke



El bibliotecario enamorado de Jane Austen

Posiblemente, en el universo femenino de las novelas de Jane Austen un hombre solo puede alcanzar reconocimiento si demuestra compartir esta pasión de la autora y de muchas de sus heroínas; solo un hombre que confiese tener la sensibilidad de un apasionado lector de literatura tendría alguna posibilidad de ser tratado en serio por parte de Jane Austen, como personaje de novela, como corresponsal epistolar o como posible compromiso matrimonial; y este es el caso de James Stanier Clarke, bibliotecario del Príncipe Regente, lector de las novelas de Walter Scott y admirador del genio de Jane Austen, a la que invita a visitar su lugar máspreciado, su biblioteca.

• Cómo afrontar el relato de una fallida relación sentimental protagonizado por una de las grandes autoras de novelas que giran en torno a las relaciones sentimentales? Todas las novelas de Jane Austen acaban en boda, y aunque consigan mantener la atención del lector y no rebajen la tensión dramática hasta el final, entre confusiones de sentimientos, formalidades sociales, confidencias familiares y herencias inesperadas, sabemos que al final la heroína siempre consigue su propósito y se casa felizmente...

Jane Austen (1775-1817) no se casó. Pasó la mayor parte de su vida en la parroquia rural de su padre en Steventon, pueblecito del condado de Hampshire; ocho años en la cosmopolita ciudad de Bath fueron para ella un intermedio que no dejó muy buenos recuerdos, y algunos viajes a Londres en los años finales de su vida –viviendo en Chawton Cottage, Hampshire– quizá abrieron un panorama de lo que pudo haber sido y no fue. Pero no pensemos en una existencia aburrida, carente de incentivos ni de diversiones: es cierto que Jane es la hija del párroco y la séptima de ocho hermanos, que durante toda su vida compartió habitación con su hermana Cassandra y que fue instruida por su padre en casa (salvo tres años pasados en un internado); también sabemos que contrariamente a la imagen que puede generar la idea de la joven recluida en el estrecho hogar de un párroco rural, en 1795 Jane Austen era una joven vivaracha a la que agradaba la vida social y que siempre que era posible aceptaba una invitación a un baile o a una cena, rara vez era reacia a un flirteo y dedicaba mucho tiempo a su aspecto. En sus viajes a Londres entre 1811 y 1815 alterna con Eliza, la mujer de su hermano Henry, a la que siempre profesó admiración, sale a cenar, acude a fiestas, de compras y al teatro. Hasta 1815 vive completamente apartada del mundo literario, y no mantiene contactos personales ni correspondencia con ninguno de sus contemporáneos, y es entonces, en 1815, cuando comienza a ser conocida y a disfrutar de la fama y de sus recompensas económicas. Según la biografía escrita por su sobrino James Edward Austen-Leigh “de haber vivido más años se habría quedado en Londres, habría hecho vida social, se habría relacionado con gente famosa, habría hecho nuevos amigos, viajado y leído más, y habría vuelto a su tranquila casa de campo con un baúl lleno de observaciones para usar libremente en sus novelas”. Pero su temprana muerte a los 42 años, en la cima de sus poderes como escritora, no nos permite más que suponer cómo habría sido su vida.

“Si una mujer escribía tenía que hacerlo en la sala común, y hasta el final de sus días Jane Austen escribió así” (Virginia Woolf). En sus memorias su sobrino dice “cómo fue capaz de realizar todo esto es sorprendente porque no tenía una habitación propia y mucha de su obra tiene que haber sido compuesta en la sala común, sujeta a toda clase de interrupciones”.

Publicó cuatro obras en su vida, todas anónimamente: *Sense and Sensibility* (1811); *Pride and Prejudice* (1813); *Mansfield Park* (1814); y *Emma* (1816). Póstumamente se publicaron las novelas *Persuasion* y *Northanger Abbey* (1818); posteriormente han ido apareciendo publicadas algunas de sus obras de juventud como *Lady Susan* y *Love and Friendship*, así como la novela inacabada *Sanditon*.

La vida cotidiana en la rectoría de Steventon incluía la lectura conjunta y en voz alta, costumbre extendida entre la clase media instruida de entonces, y no solo como entretenimiento en las veladas. Leyendo repetidas veces sus libros favoritos Jane Austen aprende el oficio de escribir: forma gusto y criterio, aprende a construir la estructura, los diálogos, el engranaje de los hilos conductores, etc. Conservará toda su vida la costumbre de leer novelas en voz alta con la familia reunida, también cuando ya escribe sus propios libros; antes de decidirse a publicar ninguna novela escribió numerosos esbozos de las mismas, en forma de relatos y novelas cortas, que leía a su familia y en ocasiones solo a su hermana Cassandra. También escribió obras satíricas para ser leídas o representadas en el salón familiar, títulos como *The Clever Collections of Curious Comments by your Comical Cousin* (1787) o *Effusions of a very Young Lady, consisting in Tales in a style entirely new* (1792).

El Príncipe Regente ordenó a su bibliotecario James Stanier Clarke que invitara a Jane Austen a una visita a la Biblioteca de Palacio.

Dice Virginia Woolf que “obviamente esta joven de 15 años sentada en un rincón de la sala no escribía para despertar risas entre sus hermanos; escribía para todo el mundo o no escribía para nadie, escribía para los lectores futuros o escribía para sí misma; en definitiva, a tan temprana edad ya podemos decir que Jane Austen realmente era escritora”. Antes de los 20 años ha escrito –y guardado en un cajón– relatos que son el germen de sus novelas, y a los 25 años ya tiene escritas tres novelas. Pasados los 30 años comienza a publicarlas sin indicar nunca su nombre en ellas.

Su estilo es de una frialdad ceremoniosa, pero en el fondo satírica; sus novelas retratan minuciosamente un mundo sencillo, habitualmente reducido a tres o cuatro familias en el campo, donde la única mención

a acontecimientos del mundo exterior tales como las guerras napoleónicas se reducirá a la aparición de un joven, engalanado y soltero oficial de la Armada. El argumento girará sobre la vida cotidiana de estas familias donde indefectiblemente habrá jóvenes solteras en busca de marido, donde las descripciones de los nuevos personajes que entran en escena siempre incluyen mención a su renta económica, y donde las diferencias sociales basadas en la renta que el soltero espera obtener condicionan sus relaciones sentimentales, sus compromisos y en definitiva el desarrollo de la trama. Jane Austen parece aceptar sin crítica este mecanismo social movido por la avaricia de dinero y expresado con un código de etiqueta, pero su rebelión es secreta, y en sus novelas, con un equilibrio asombroso entre la emoción sentimental y el formalismo calculado, se produce un combate silencioso e irónico entre valores y conductas de sus protagonistas, como podemos ver en las dicotomías de tres de sus títulos (sensatez frente a sentimiento, orgullo frente a prejuicio, amistad frente a amor) y en el combate de fondo que se produce entre el siglo XVIII (el sentido y la razón, el clasicismo) y el siglo XIX (la sensibilidad, el sentimiento, el romanticismo).

Aquejada de *quijotismo*, o quizá de *bovarismo*, Jane Austen desde su primera novela publicada –*Sense and Sensibility*– satiriza las novelas excesivamente sensibleras, con contención pero sobre todo con indulgente ironía, situándose al lado de la sensatez y dejando correr el sentimentalismo por el lado de sus personajes más queridos. Hay que entender el pulso que mantiene Jane Austen en sus novelas –como en su vida– entre la sensatez y el sentimiento en el contexto del cambio de siglo del XVIII al XIX, cuando se produce un movimiento de reacción en contra de la novela imaginativa que *excita la gente joven*. Son las novelas precursoras del romanticismo, donde prima la sensibilidad frente al sentido. Incluso desde dentro de la literatura se produce esta reacción: algunos novelistas comenzaron a alertar a las jóvenes que frecuentaban las *circulating libraries* sobre los peligros de un “exceso de sensibilidad”, como hace Ann Radcliffe en “*The Mysteries of Udolpho, A Romance*” (1794) donde un padre agonizante advierte a su hija que debe aprender a contener sus sentimientos para no ser víctima de ellos “Always remember how much more variable is the strength of fortitude, than the grace of sensibility”.

Jane se había empapado de dos tipos de lecturas en su juventud: la del *common sense* de Samuel Johnson por una parte, y la de las primeras novelas románticas por otra. El padre, George Austen, persona culta y *fellow* de un *college* de Oxford, tenía una biblioteca considerable que no paraba de engrosarse con nuevas adquisiciones y donde Jane Austen lee antes de los 18 años a Shakespeare,

Milton, Samuel Johnson, Henry Fielding, Lawrence Sterne y novelistas femeninas como Ann Radcliffe, Fanny Burney y Maria Edgeworth. Jane compra libros cuando puede –son muy caros– pero sobre todo es usuaria de las *circulating libraries* o librerías con servicio de préstamo; a diferencia de los clubes de lectura donde los hombres llevaban la voz cantante y las mujeres constituían una escasa minoría, las librerías de préstamo se hallaban abiertas a todo el mundo y eran más frecuentadas por mujeres. En Bath, donde la familia Austen vivió de 1801 a 1806, había tres librerías

El bibliotecario Clarke es el último de una serie de pretendientes o más o menos explícitos aspirantes a pretendiente que tuvo Jane Austen.

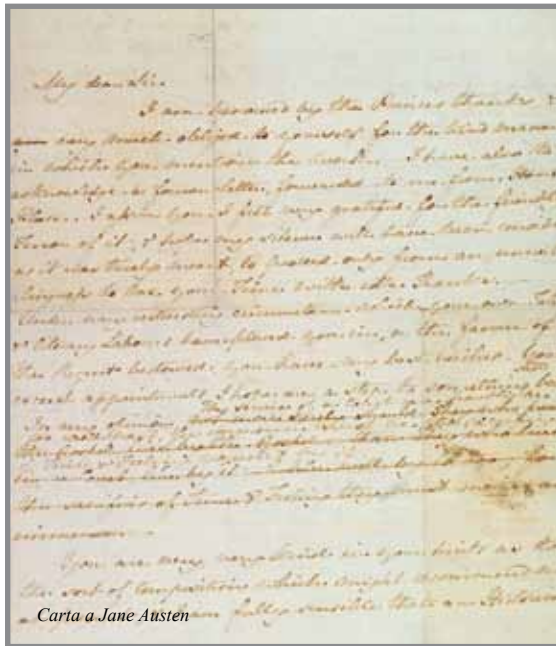
de préstamo, una de ellas con café anexo para las damas. Las librerías de préstamo solo podrían existir añadiendo el préstamo y la venta de libros a otras ofertas y servicios: medicamentos, papeles pintados, naipes, lotería, alquiler de pianos, bisutería, y sobre todo café.

La lectura constituye un papel muy importante en su vida como hemos visto, por la afición familiar a la lectura en voz alta y su afición personal a nutrirse de lecturas variadas. En sus novelas no hace excesivas menciones al poder de la lectura sino que se centra principalmente en el disfrute, e ilustra el gusto de las mujeres por la lectura a través de ella misma. “La única pauta es que la lectura favorezca la independencia en la forma de pensar y de vivir” (Bollmann).

En 1811 Jane había hecho un primer viaje con una larga estancia en Londres para trabajar en la corrección de pruebas de su primera novela, *Sense and Sensibility*, instalada en casa de su hermano Henry y su cuñada Eliza. En 1815 realiza otro viaje a Londres, en este caso para preparar la edición de la que sería su última novela editada en vida, *Emma*, y en ese lapso de tiempo pasa del anonimato a la mínima celebridad, debido a las indiscreciones de su hermano Henry –bien situado en la Corte– que contaba quién era la *dama* que firmaba las novelas que tanto se estaban popularizando: agotada la edición de *Mansfield Park*, en venta la tercera edición de *Pride and Prejudice* y la segunda de *Sense and Sensibility*, Jane Austen recibe de Palacio y por boca de nuestro bibliotecario el encargo –orden en forma de sugerencia– de dedicar su siguiente obra al Príncipe Regente. Esta siguiente obra, *Emma*, de 1816, contó con una tirada extraordinaria de dos mil ejemplares en su primera edición, más libros de los que Jane Austen había visto jamás salir de la imprenta.

El Príncipe Regente (George Augustus Frederick, Príncipe de Gales entre 1811 y 1820, más tarde convertido en rey Jorge V) se contaba entre los admiradores de sus novelas, de las que tenía un ejemplar en cada una de sus residencias, y ordenó a su bibliotecario James Stanier Clarke que invitara a Jane Austen a una visita a la Biblioteca de Palacio.

El 13 de noviembre de 1815 Jane Austen visita la Biblioteca del Príncipe Regente en su residencia real en Carlton House, de la mano de su bibliotecario y capellán James Stanier Clarke. Este palacio ocupaba un lugar privilegiado en el centro de Londres, de magníficas proporciones y opulentas salas repletas



Carta a Jane Austen

de objetos decorativos y obras de arte, posiblemente muy alejados de los gustos de Jane Austen, que pasó de largo por las salas de armaduras, el invernadero donde se celebraban bailes de hasta 2000 personas, el comedor gótico, la Sala del Trono o las magníficas escaleras, y no se dejó impresionar por la Biblioteca del Príncipe. En todo caso tomó nota de detalles para ser usados en futuras novelas, mientras que el bibliotecario se fijó tanto en Jane que a continuación realizó con lápiz y acuarela un pequeño retrato de la autora que incluyó en su personal “libro de recuerdos” y que hoy se cuenta entre los dos retratos fidedignos de Jane Austen. Al final de la visita el bibliotecario informó a la escritora que el Príncipe Regente consideraría un honor que Jane Austen le dedicara su siguiente libro.

Dos días más tarde, el 15 de noviembre de 1815 Jane Austen escribe a James Stanier Clarke “Señor, permítame la libertad de hacerle una pregunta. Sobre su invitación para que me sintiera libre de dedicar mi futura novela a Su Majestad sin necesidad de solicitud alguna por mi parte, le ruego tenga la bon-

dad de informarme sobre cómo he de interpretar dicha autorización, pues me preocuparía de igual manera actuar tanto de forma irrespetuosa como desagradecida”.

Por una de las cartas de Jane Austen a su hermana Cassandra sabemos el desprecio que sentía por el Príncipe Regente, motivado por el trato humillante que éste deparaba públicamente a su esposa. ¿Qué cara pondría nuestra autora al escuchar la propuesta –que en realidad era una orden y así lo entendió ella– de dedicar a un ser detestado su querida próxima novela? Quizá calculó que sus atentos lectores entenderían los excesivamente ceremoniosos términos de la dedicatoria como una sutil ironía, como ocurre con buena parte de su obra, siempre tan comedida:

A / SU ALTEZA REAL / EL PRÍNCIPE REGENTE / ESTA OBRA ESTÁ / POR PERMISO DE SU ALTEZA REAL / RESPETUOSAMENTE DEDICADA / POR LA SUMISA / OBEDIENTE / Y HUMILDE SERVIDORA DE / SU ALTEZA REAL / LA AUTORA

El libro, por tanto, apareció como los anteriores firmado por una dama, sin mayor indicación de su nombre, aunque ya se conociera en Londres su identidad en los círculos literarios y en la Corte.

En la correspondencia epistolar que comenzaron a partir de la visita a la Biblioteca, Clarke propone a Austen diversas ideas literarias, y en una carta le llega a sugerir que incorpore en su nueva novela un personaje que –aunque no lo dice así– sea como él, un “afectuoso pero tímido” clérigo que divide su vida entre la Corte y el campo, totalmente entregado a la literatura, al estilo de estos versos que envía a Jane Austen como descripción de su personaje:

“Silent when glad, affectionate to’ shy,
and his looks was most demurely sad;
and now he laughed aloud, yet none
knew why”.

En una carta del 11 de diciembre de 1815 Jane Austen declina la propuesta del bibliotecario y añade que se siente muy honrada pero que “solo le saldría bien la parte cómica del personaje, aunque no la literaria, que es la mejor. Las conversaciones de este hombre habrían de versar sobre asuntos científicos y filosóficos de los que nada sé, y sus diálogos tendrían que estar llenos de alusiones y citas que una mujer como yo, que solo conoce su lengua materna y ha leído muy poco en su vida, no sabría dónde encontrar. Para hacer justicia a este personaje debería ser escrito por alguien con una educación clásica, muy familiarizado con la literatura inglesa antigua y moderna, y me temo que soy la más inculta y menos informada de las mujeres que se atreven a llamarse autoras”. No es cierto que Jane Austen solo domi-

nara su lengua materna –leía francés, aunque no lo hablaba– ni por supuesto que hubiera leído poco en su vida, que fuera inculta o poco informada: lo que sí es cierto es que con esta declaración de independencia como autora Jane está apartando de sí al bibliotecario de los tímidos acercamientos.

En la primavera de 1816 Clarke insiste con sus proposiciones –solo literarias– al sugerir en otra carta a Jane Austen el emprendimiento de una novela histórica sobre los orígenes de la Familia Real, a lo que nuestra autora responde que escribir una novela histórica sería “más lucrativo y popular que las escenas domésticas en el campo” que eran lo suyo “pero sería incapaz de escribir por encargo una novela de amor, como tampoco una epopeya en verso. No, debo seguir fiel a mi oficio y recorrer mi propio camino aún cuando de ese modo no llegue a conocer el éxito; de cualquier otra forma, en mi opinión, fracasaría irremisiblemente”. Como autora decide seguir escribiendo para sí misma o para todo el mundo, como venía haciendo desde los 15 años, pero no para el Príncipe ni para su bibliotecario.

Sienta su independencia personal y artística y rechaza las propuestas, pero de hecho incorpora las ideas sugeridas por el bibliotecario Clarke, aunque no en una novela sino en su obra satírica “Plan of a Novel, according to Hints from Various Quarters” escrita en mayo de 1816 e inédita hasta 1926, en la que usa como hilo conductor las recomendaciones de Clarke para explicar, por oposición, sus intenciones como novelista, su poética.

¡Pobre James Clarke, tan serio, tan tímido y afectuoso, convertido en objeto del fino sarcasmo literario de su admirada autora! Pero ¿quién era James Stanier Clarke? De formación militar, este joven nacido en Mahón, Menorca (entonces bajo bandera británica) que paradójicamente navegó a bordo del navío “Impetuoso” entre 1796 y 1799, se convirtió en capellán del Príncipe de Gales y no habría pasado a la Historia siquiera como el autor de su principal y muy triste obra, “Naufragios”, de 1805, de no haber sido por su efímera conexión con Jane Austen. Su nombre habría quedado borrado como quedó borrado todo el Palacio de Carlton House con su Biblioteca cuando en 1827 una reforma urbanística transformó el Pall Mall y el entorno de St. James Park en Londres. Posiblemente un hombre demasiado estirado para la irónica Jane Austen que solo encontró en él un modelo para satirizar, a pesar de que fue, según su biógrafo James Edward Austen-Leigh “no sólo un gentil caballero sino

un cálido admirador de sus talentos”.

El bibliotecario Clarke es el último de una serie de pretendientes o más o menos explícitos aspirantes a pretendiente que tuvo Jane Austen en su vida, en los que se da la circunstancia de que o son clérigos, o hijos de clérigos o sobrinos de clérigos: su primer amor fue Tom Lefroy, sobrino del reverendo Isaac Lefroy, que finalmente se casó con una rica heredera irlandesa provocando un grave desengaño a Jane Austen; Edward Taylor, hijo del reverendo Mr. Taylor, que al final se casó con su prima; el reverendo Samuel Blackall, de Cambridge, que Jane rechazó; un cierto Mr. Holder que no llegó a proponerle matrimonio aunque ella así lo esperaba; Harry Francis Digweed, amigo de la familia un año más joven que ella; un cierto Mr. Evelyn que cortejó a Jane Austen mientras vivió en la ciudad de Bath pero no llegó a declararse; un clérigo de Devonshire cuyo nombre se ignora, que tuvo una relación con la escritora durante un verano tras el cual murió repentinamente; Harris Bigg Wither, de 21 años, que propuso matrimonio a Jane Austen cuando ella contaba 26, y cuya propuesta fue aceptada una noche para ser rechazada a la mañana siguiente tras duras reflexiones; el reverendo Edward Bridges que propuso matrimonio a Jane y fue rechazado, y a continuación a su hermana Cassandra que también le rechazó; el diputado Stephen Rumbold Lushington del que parece que se enamoró la escritora a los 38 años; un cierto Mr. Seymour de Londres, amigo de su hermano Henry le propuso matrimonio cerca ya de los 40; y finalmente nuestro clérigo y bibliotecario James Stanier Clarke, que solo se atrevió a ofrecer consejos literarios a una artista consagrada e independiente.

“Es una verdad universalmente reconocida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita una esposa. Sin embargo, poco se sabe de los sentimientos u opiniones de un hombre de tales condiciones”. Esta frase universalmente reconocida como el comienzo de la novela *Pride and Prejudice* quizá también sea aplicable a Clarke el “afectuoso aunque tímido” clérigo y bibliotecario de cuyos sentimientos y opiniones poco se sabe, pero que quizá fuera el primer *janeita* de la Historia.

Para saber más:

1. Austen, J. (2012). *Cartas*. Asturias: dÉpoca
2. Bollmann, S. (2015). *Mujeres y libros, una pasión con consecuencias*. Barcelona: Seix Barral.
3. Woolf, V. (2013). *El lector común*. Barcelona: Lumen.